

Llorente Arribas, Elena, *La casa y el Imperio. Globalización y hegemonía local de la oligarquía vizcaína altomoderna*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2021, 596 págs. ISBN: 9788413192857

La voluminosa monografía que reseñamos forma parte de una fructífera corriente de investigaciones sobre el ámbito político, social, institucional y económico vasco en el período moderno, que vienen publicándose en los últimos años, algunas de ellas en la misma colección de Historia Medieval y Moderna de la editorial de UPV. En ella, Elena Llorente analiza las trayectorias de varias familias de la oligarquía mercantil vizcaína de cuatro de las localidades y centros mercantiles más dinámicos de la Vizcaya altomoderna: Bilbao, Lequeitio, Elorrio y Portugalete. En contraste con los estudios centrados en un solo grupo familiar en períodos muy acotados, este trabajo posee la doble ambición de adoptar una perspectiva que se inscribe en la corriente de la *Global History*, cuyos precedentes y marco metodológico la autora conoce bien, así como una cronología amplia, desde aproximadamente mediados del siglo XVI hasta las dos primeras décadas del XVIII, poco común en este tipo de trabajos y que le confiere un valor añadido, ya que arroja nuevas luces para los períodos de Carlos II y los primeros años de Felipe V, menos transitados por los estudios sobre el ámbito geográfico vasco.

La primera parte consta de tres capítulos en los que se aborda la evolución de las familias de esta élite mercantil, sus procesos de acumulación del patrimonio y sus distintas trayectorias a lo largo de más de dos siglos. En los dos primeros sigue una línea expositiva diacrónica que arranca de la importancia que la exportación del hierro vasco y la lana castellana tuvieron en los procesos de enriquecimiento y ascenso social de esta elite mercantil vizcaína desde fines del siglo XV, en el contexto del cambio dinástico Trastámara-Habsburgo. Entonces se produjo una progresiva pérdida de poder de los viejos bandos frente a otros linajes y familias que se adaptaron mejor a las transformaciones en la administración y estructuras de poder político y, al mismo tiempo, se beneficiaron de la aplicación de nuevos marcos jurídicos y legislativos, marcados por el reconocimiento de la hidalguía universal. Algunas familias protagonizaron un importante ascenso económico gracias a la actividad mercantil de exportación de lana y hierro en la segunda mitad del siglo XVI. Los Barco y los Echávarri, por ejemplo, despuntaron en el comercio de exportación de lana castellana hacia Amberes, donde tejieron importantes redes relacionales, con capital suficiente para crear nuevas compañías de comercio y consolidarse como factores de los Ruiz de Medina del Campo. Otros como los Elorrio enviaron hierro hacia Castilla y las Indias, a cambio de la importación de plata americana, con más de una decena de compañías de comercio en alianza con agentes sevillanos, destinadas a vertebrar el comercio de exportación de hierro hacia América y la provisión de armas y pertrechos de guerra para la Monarquía. No obstante, los cambios políticos de las últimas décadas del XVI y primer cuarto del XVII tuvieron consecuencias. La guerra

entorpeció el comercio con el Norte y contrajo las exportaciones, propiciando una crisis que, como demuestra Elena Llorente, comenzó a marcar las primeras divergencias entre estas oligarquías mercantiles. Hubo familias –Barco, Echávarri, Ochoa, Urquizu, Iturbe, entre otros– que buscaron nuevos modelos de negocio en el comercio de exportación de hierro y lana hacia América, se adaptaron a la nueva coyuntura y consolidaron sus lazos con las redes mercantiles de Sevilla, Cádiz y las Indias. Otras abandonaron los mercados internacionales para concentrarse en el comercio local. Esta tendencia se mantuvo en la segunda mitad del XVII, caracterizada por una cierta recuperación del comercio atlántico tras el fin de la Guerra de Treinta Años. Los linajes instalados en el circuito indiano incrementaron notablemente su actividad mercantil y su presencia en el mercado ultramarino por medio de compañías, destacando el caso de los linajes de Lequeitio y, muy especialmente, de Elorrio, convertido en importante polo de atracción económica gracias a estas familias, que contaban con prósperas sociedades mercantiles en Sevilla y América.

Uno de los aspectos más interesantes del libro de Elena Llorente es el modo en que en ese recorrido diacrónico por las trayectorias de las familias analizadas muestra cómo, paralelamente a su crecimiento económico, buena parte de ellas, gracias a su red relacional y de contactos, adquirieron hábitos de órdenes militares, cargos y oficios locales, de la administración regia y del ejército, mediante compra, patrimonialización o merced regia. Esto les permitió contar con una importante palanca de ascenso social y consolidar sus vínculos de fidelidad con unos monarcas ávidos de dinero, sobre todo durante el período de Olivares. Es, precisamente, a partir de mediados del siglo XVII, cuando se perfilan definitivamente las tres trayectorias divergentes de las élites mercantiles vizcaínas que propone Elena Llorente, eje de su estudio: el primer tipo, de escala global o imperial, representado por las familias que continuaron vinculadas a las redes mercantiles atlánticas y americanas y accedieron a cargos de gobierno o se insertaron en los cuadros medios y superiores de la oficialidad militar –Bengolea, Barco o Villarreal de Berriz–; el segundo, encabezado por las que optaron por dejar el comercio atlántico y se concentraron en acaparar oficios reales –Echávarri, Berrio–; y el tercero, integrado por aquellos linajes que se alejaron de ambos espacios y se retrajeron al marco económico y político local –Coscojales, Vallecilla, Salazar–. Según la autora, durante las dos primeras décadas del XVIII este esquema se consolidó y se registró un proceso de adaptación al cambio dinástico y a la nueva administración borbónica por parte de los linajes más beneficiados por el negocio del hierro y los asientos para abastecimiento de armas y pertrechos de guerra.

Finaliza la primera parte del estudio con un tercer capítulo dedicado al análisis de los mecanismos de concentración patrimonial y rentista de estas familias. A pesar de las dificultades que plantea la documentación notarial, la autora hace un esfuerzo por indagar en los bienes raíces y muebles de muchos de los mayorazgos fundados por estos linajes y sus estrategias matrimoniales, en las que las dotes femeninas jugaron un papel esencial. Los linajes adscritos al primer tipo de trayectoria expandieron sus mayorazgos hacia Sevilla y las Indias, a medida que crecieron sus negocios mercantiles a escala imperial, enriquecidos con productos de lujo más costosos y exóticos que los de las familias replegadas hacia el comercio local. Igualmente, la inversión en jurisdicciones, rentas reales, juros, censos, préstamos y arrendamientos de propiedades y bienes inmuebles fue mucho mayor entre los linajes vinculados al gran comercio atlántico, lo que les permitió convertirse en una elite rentista y censista. Esta práctica sirvió para definir mucho mejor las tres clases de trayectorias, ya que la in-

versión en este tipo de rentas fue una actividad perfectamente compatible con las familias del primer modelo, animaron a las del segundo a abandonar el comercio a gran escala y perseguir una carrera en el ejército y la administración y, por otro lado, sirvieron de colchón para las que optaron por abandonar ambos campos.

La segunda parte del libro, integrada por cuatro capítulos, se ocupa del capital social y cultural de estas familias, sus relaciones, conflictos y la conexión de todo ello con la construcción de hegemonías en el marco local. En el primero de ellos, Elena Llorente aborda sus relaciones sociales, partiendo de la importancia de las redes relacionales y los contactos de la casa como factor de movilidad social, poco estudiado para el caso de la oligarquía norteña en los siglos XVI y XVII. En efecto, sus compañías y casas de comercio dependieron en gran medida de sus solidaridades, capacidad económica y política y de la confianza en el grupo, en un marco en el que tuvieron gran importancia padrinos y tutores. Un marco en el que el tipo de matrimonio practicado definió también los tres modelos de trayectoria: endogámico para los linajes que se replegaron y exogamia e hipergamia –instrumentos de ascenso social– para los que comerciaron a escala atlántica. Señala también la importancia de las redes de amistad y reciprocidad establecidas con otros agentes extranjeros y castellanos, y las de patronazgo y clientelismo, articuladas, tanto a escala local como global, en el caso de aquellas casas que optaron por el mantenimiento del gran comercio atlántico. Esta red de relaciones tuvo como instrumento fundamental la correspondencia epistolar y fue parte esencial del capital inmaterial de los linajes vizcaínos, para articular sus negocios ultramarinos a escala imperial y consolidar los contratos de provisión de los ejércitos reales.

En el siguiente capítulo, la autora destaca el decisivo papel de la Corona para la consolidación y ascenso político y social de esta élite mercantil moderna que le proporcionó dinero y hombres para la guerra, a cambio de mercedes y oficios. Todo ello en un marco de negociación constante, en el que las elites esgrimieron sus fueros y la hidalguía universal como baluarte de sus privilegios. La nueva oligarquía mercantil copó los cargos concejiles y eclesiásticos locales mediante enajenación y patrimonialización y también alcanzó instancias de gobierno provincial como las Juntas del Señorío y el Regimiento General y Particular –Diputación General a partir de 1645–. En ambos ámbitos, el local y el foral, estas familias se repartieron la prelación en los cargos decisorios, encontraron una valiosa plataforma de ascenso político hacia otros oficios de la administración regia y cerraron el acceso al poder político a elementos ajenos a sus redes relacionales. Por otro lado, Elena Llorente aborda el enorme valor del ceremonial público para estas élites como elemento de exhibición de su prestigio y reputación en la sociedad vizcaína. Misas, obras pías, fundaciones, entierros, donaciones a órdenes e instituciones religiosas, fábrica de templos, obras de caridad y actividad asistencial con los más necesitados –sobre todo de la red familiar– o la prelación ocupada en desfiles, procesiones y actos públicos fueron un instrumento de representación inmejorable en manos de estas oligarquías, cuyo grado de fastuosidad y alcance a otros ámbitos, más allá del propiamente local, varió en función de su nivel económico.

En los dos últimos capítulos la autora expone las tensiones y conflictos acaecidos en el seno de la oligarquía vizcaína como consecuencia de los cambios operados desde mediados del siglo XVI y los elementos que caracterizaron su cultura material y su ideología. Al margen de algunos episodios de violencia y coacción, hubo conflictos por el control de cargos, competencias y honores en el marco local. También

pleitos económicos que enfrentaron a algunos linajes y organismos del Señorío –como el Consulado de Bilbao–, y en los que se dirimía la hegemonía económica y mercantil entre familias, en torno a asuntos tan espinosos como el abuso por el cobro de tasas e impuestos o la evasión y el contrabando. Sin embargo, como la autora pone de relieve, dichos conflictos se concebían como instrumentos para afianzar o cambiar el reparto de poder y perseguían, en la medida de lo posible, la negociación fuera del ámbito judicial para continuar colaborando y evitar la quiebra del sistema. En cuanto a los aspectos culturales e ideológicos de la oligarquía vizcaína, Elena Llorente trata de indagar en los cambios y permanencias de su identidad cultural. Desde la formación práctica y teórica, controlada por la casa y el linaje para instruir a los suyos en los entresijos de la profesión mercantil, pasando por la educación universitaria, reservada a unos pocos miembros de la elite que pretendían medrar en la alta administración, hasta llegar a las escasas y escuálidas bibliotecas de algunas familias, la autora revela diferentes niveles de instrucción y educación, correspondientes con los tres tipos de trayectorias familiares. Del mismo modo, la inversión en objetos de lujo y en rituales devocionales y obras pías, de acuerdo con los códigos de la religiosidad barroca, se erigieron en medios de proyección pública del estatus y el prestigio en la sociedad vizcaína y elementos definidores de los tres modelos de trayectorias, no tanto por su práctica como por el nivel alcanzado, más elevado cuanto mayor fue su capital económico, cultural y relacional a escala global. La autora demuestra que, a pesar de que muchos de estos elementos culturales e ideológicos fracturaron la identidad común de la elite vizcaína y fueron signos de hegemonía política, económica y social en manos de las elites mercantiles más pujantes e integradas en los circuitos globales atlánticos, el privilegio de hidalguía universal y el principio de que el comercio no envilecía a esta burguesía mercantil hidalga se erigieron en rasgo identitario común y base ideológica de unas familias cuya desigualdad venía dada, fundamentalmente, por sus distintos niveles de riqueza y los méritos acumulados en el sistema antidoral de la Monarquía. En definitiva, por la trayectoria escogida.

La monografía de Elena Llorente supone una valiosa aportación y abre un camino interesante para estudios futuros sobre otros grupos y familias mercantiles tanto del marco vasco-cantábrico como del resto de la Monarquía Hispánica, que permitirán establecer marcos comparativos. Como toda buena investigación –no en vano es fruto de una tesis doctoral–, se sustenta en un importante corpus de bibliografía sobre la temática y abundantes fuentes inéditas –correspondencia personal, documentación administrativa y procesal– procedentes de archivos locales, regionales y nacionales, a lo que se añade un nutrido elenco de cuadros explicativos distribuidos a lo largo del libro y un magnífico apéndice de árboles genealógicos, tablas de cargos e inventarios de bienes de las familias analizadas, que facilitan datos de enorme valor a los investigadores. La obra, muy bien escrita, es un ejemplo de cómo aplicar al ámbito local modelos interpretativos que nos permiten estudiar la evolución de la actividad económica, social, política y cultural de una serie de familias en su espacio “micro” y contextualizarlas en el plano “macro” de los procesos de expansión económica atlántica que la Monarquía Hispánica protagonizó desde el siglo XVI, y en cuyos flujos comerciales de alcance global participaron estos linajes. Grupos y linajes que, más allá de la actividad de los individuos, son, con sus solidaridades, estrategias familiares y redes relacionales, los verdaderos protagonistas de un estudio inscrito en el marco de las investigaciones de redes, prosopografía relacional y acto-

res sociales encabezadas por historiadores como Jean Pierre Dedieu o José María Imízcoz, a cuyo grupo de investigación se adscribe la autora. Algunos “defectos” menores del libro que le restan algo de ritmo, como el hecho de presentar una estructura quizá demasiado ajustada a la tesis doctoral original, el excesivo afán por recapitular ideas suficientemente asentadas o reiterar conclusiones al final de cada capítulo, no empañan en absoluto una sólida investigación, cuya lectura recomendamos vivamente.

Antonio Jiménez Estrella
Universidad de Granada
jimeneze@ugr.es